

TESTIMONIOS DE ILUMINACIÓN DE CONCIENCIA



ÁLVARO GARCÍA DE MOVELLÁN HERNAINZ

¿Qué es la iluminación de conciencia?

Consiste en una potente luz sobrenatural que Dios da para iluminar nuestra conciencia y vernos tal y como Dios nos ve.

¿Qué efectos tiene?

La persona que recibe una iluminación de conciencia ve con claridad todas las acciones de su vida, comprendiendo inmediatamente la bondad o maldad de dichas acciones en profundidad.

No sólo ve los propios pecados: ve como cada pecado hirió el amor de Jesús, hirió a otros y dañó a la Iglesia, expandiendo sus efectos espirituales destructivos.

La iluminación de conciencia te coloca en un estado de plena verdad sobre ti mismo. Nosotros, con frecuencia, nos engañamos sobre el auténtico estado de nuestra alma. Cuando Dios nos ilumina no hay posibilidad de engaño: todo es captado con verdad y autenticidad, tal y como realmente son las cosas a los ojos de Dios, única mirada que vale.

(Aprende más sobre la iluminación de conciencia viendo este video)



TESTIMONIOS

Testimonios en la Sagrada Escritura

EL PROFETA ISAÍAS

Al comienzo de su libro, en el capítulo 6, el profeta Isaías nos narra una visión que tuvo: *Vi al Señor sentado sobre un trono alto y excelso... junto a él estaban los serafines (ángeles), diciendo: "¡Santo, santo, santo es el Señor del universo, llena está la tierra de su gloria!". Temblaban las jambas y los umbrales al clamor de su voz, y el templo estaba lleno de humo...*

Esta visión tuvo como efecto que el profeta viera con claridad sus culpas y sus pecados, hasta el punto de decir: *¡Ay de mi, estoy perdido!*. Sin embargo Dios mismo le perdonó sus culpas: uno de los ángeles voló hasta él con un ascua en la mano y se la puso sobre la boca, diciéndole: *Al tocar esto tus labios, ha desaparecido tu culpa, está perdonado tu pecado.*

Desde entonces comenzó con fuerza el ministerio profético de Isaías.

En esta experiencia vemos tres elementos muy comunes a las personas que viven una fuerte iluminación de conciencia:

1.-La luz de Dios les descubre todo su pecado y miseria provocando en ellos un fuerte dolor por el mal cometido y un gran arrepentimiento.

2.-El Señor les perdona su culpa.

3.-Comienzan un ministerio, un servicio, de dar a conocer la

grandeza de Dios, su santidad y su misericordia, invitando a otros a la conversión.

SAN PEDRO ANTE JESÚS EN EL LAGO

Nos narra el evangelio de San Lucas, en el capítulo 5, que en los comienzos de su predicación Jesús se vio en cierta ocasión rodeado de mucha gente que quería escuchar sus palabras. Estaba junto al lago de Genesaret y viendo dos barcas que estaban en la orilla pidió subirse a una de ellas para predicar desde allí. Era la barca de Pedro. Al acabar le mandó que fueran mar adentro para echar las redes y pescar. Pedro y sus compañeros habían estado toda la noche faenando y no habían cogido ni un sólo pez, pero fiándose de las palabras de Jesús le hizo caso y echo las redes donde él decía.



Entonces sucedió el milagro de la pesca milagrosa: ¡multitud de peces acudieron a la poderosa llamada del Creador y Dios eterno, Jesucristo, y llenaron las redes! Pero al mismo tiempo sucedió otro milagro todavía mayor: la iluminación de conciencia de Pedro. Mientras comprobaba asombrado lo que estaba pasando una luz divina entró en su mente haciéndole comprender todas sus miserias y culpas como quizás nunca antes lo había experimentado. Tan grande fue que allí mismo, delante de todos, se echó a los pies de Jesús diciéndole con gran vergüenza y arrepentimiento: *Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador.*

Jesús, con gran misericordia, lo acogió perdonándole y mostrándole que de ahora en adelante lo elegía para dar testimonio ante los hombres del amor de Dios y llamarlos a la conversión: *No temas, desde ahora serás pescador de hombres.* De hecho fue elegido como uno de los doce apóstoles de Cristo, con una misión particular y exclusiva que Jesús sólo quiso darle a él (cf Mt 16)

LA CONVERSIÓN DE SAN PABLO

Seguramente es la iluminación de conciencia más impresionante que nos narra la Sagrada Escritura. Esta experiencia está contada en tres capítulos del libro de los Hechos de los apóstoles (9, 22 y 26). Saulo era un judío muy firme en sus creencias. Cuando los cristianos empezaron a proclamar que Jesús era el Mesías y el Evangelio el camino de la salvación (lo cual empezó a los pocos días de resucitar Jesús) Saulo se enfureció enormemente. Para él Jesús había sido un falso profeta y por lo tanto todos sus seguidores no

eran sino unos blasfemos que vivían alejados de la verdad y del auténtico culto a Dios.

Empezó una persecución muy cruel contra los cristianos, hombres y mujeres: los mandaba detener, azotar, los metía en la cárcel, les obligaba a blasfemar, aprobaba que los ejecutaran....

Un día consiguió permisos especiales para dirigirse a Damasco y detener a todos los cristianos que allí se encontraban. Lleno de gran furor iba hacia la ciudad con sus compañeros para llevar a cabo estos planes cuando de repente, como el mismo narra, *una gran luz del cielo, mas brillante que el sol, me envolvió con su resplandor, a mí y a los que caminaban conmigo. Caí por tierra y oí una voz que me decía: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Duro es para ti dar coces contra el aguijón". Yo dije: "¿Quién eres, Señor?". Y el Señor respondió: "Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Pero levántate y ponte en pie, pues me he aparecido a ti precisamente para elegirte como servidor y testigo tanto de las cosas que de mí has visto como de las que te manifestaré. Te libraré de tu pueblo y de los gentiles, a quienes te envió, para que les abras los ojos, y se vuelvan de las tinieblas a la luz y del dominio de Satanás a Dios; para que reciban el perdón de los pecados y parte en la herencia entre los que han sido santificados por la fe en mí. Continúa el camino hasta Damasco, y allí te dirán todo lo que está determinado que hagas".*

Sus compañeros vieron la luz pero no oyeron las palabras ni vieron a Jesús. Cuando Saulo se levantó estaba ciego. En sus ojos se habían formado como dos especie de escamas. Pero

lo que no veía físicamente lo veía espiritualmente: acababa de recibir una potentísima iluminación de conciencia donde pudo comprender todos sus pecados. Además, en su caso particular, la iluminación de conciencia le había revelado la verdad del cristianismo: quién era Jesús y las principales verdades de la fe cristiana.

Llegó a Damasco y estuvo tres días sin comer, meditando y reflexionando sobre lo que acababa de ocurrir. Se le había dado la vuelta a todo en lo que creía.

A los tres días llegó un cristiano, Ananías, al que el Señor había revelado lo sucedido, y bautizó a Saulo para que obtuviera el perdón de sus pecados. En ese mismo instante se le cayeron las escamas de los ojos. A los pocos días Saulo empezó su ministerio de testimoniar a Jesús convirtiéndose en uno de los principales apóstoles de Cristo, llevando su nombre y su Evangelio por muchísimos países a infinidad de personas.

Por intercesión de los santos

A veces los santos, con sus oraciones y su poder de intercesión, han conseguido para otras personas el grandísimo don de la iluminación de conciencia. Veamos dos ejemplos:

1.-Santa Catalina de Siena (1347-1380) ha sido una de las mayores santas que han existido en la historia. Fue nombrada "Doctora de la Iglesia" por la sabiduría y elevación espiritual de sus escritos. Dios la colmó con muchísimas gracias

sobrenaturales (hacer milagros, tener visiones, saber el estado de las almas de las personas que se acercaban a ella...). Gracias a su actividad miles de almas se convirtieron y volvieron a Dios.

Los dones místicos que el Señor dio a esta santa eran tan increíbles que cuando el Beato Raimundo de Capua, sacerdote de la orden religiosa de los dominicos, la conoció para ocuparse de su dirección espiritual, al principio tuvo dudas y, según él mismo cuenta, “buscaba todos los medios y todos los caminos para cerciorarme si su modo de proceder venía de Dios, si había en ella sinceridad o ficción”.

Entonces se le ocurrió una cosa: pedir una especial contrición de los pecados (un equivalente a la iluminación de conciencia) por intercesión de Catalina, ya que, como él mismo explicaba: “Nadie puede tener una contrición así que no venga del Espíritu Santo”. Sin decirle exactamente su propósito pidió a Catalina que rezase por él al Señor a fin de que se dignase perdonarle sus pecados. La santa respondió que así lo haría.

Al día siguiente el sacerdote enfermó (lo cual era frecuente en él) y tuvo que guardar cama. Cuando la santa lo supo se acercó a verle. Estando hablando los dos sobre cosas de Dios de pronto “se me presentó –narra Raimundo– en la mente una insólita y clarísima visión de mis pecados: me veía a mí mismo sin ningún velo en el juicio del justo Juez”. Asimismo comprendió la bondad y el amor misericordioso de Dios que, a pesar de sus culpas y pecados, le perdonaba. El sacerdote rompió a llorar en una mezcla de dolor y alegría: dolor por los pecados y gozo por el amor de Dios. Y así estuvo un largo

rato. La santa dejó que llorara y desfagara. Luego se levantó para irse no sin antes explicarle al sacerdote que aquello que había experimentado era justo lo que había pedido al Señor. ¹

2.-San Pío de Pietrelcina, sacerdote religioso capuchino (1887-1968) recibió dones místicos impresionantes del Señor para colaborar en la salvación de las almas. Entre ellos destaca el hecho de que durante 50 años llevara los sagrados estigmas de la Pasión de Jesús (las cinco llagas) en sus manos, pies y costado. Rezaba muchísimo y hacía grandes penitencias para obtener la conversión de los pecadores. Mucha gente que fue a visitarlo experimentó la iluminación de conciencia. Pongamos un caso:

Un día se presento en la Iglesia donde el santo confesaba una mujer muy rica, la señora Luisa Vairo, descreída, que se burlaba de las cosas religiosas. Se había acercado por curiosidad. Sin embargo, cuando menos se lo esperaba, tuvo una iluminación de su conciencia. De pronto una luz espiritual enorme le hizo ver y comprender la fealdad y gravedad del pecado. Y no sólo eso: ¡empezó a ver y recordar todos y cada uno de los pecados que tenía cometidos! Ella no creía en estas cosas, pero cuando Dios ilumina la verdad se hace incuestionable. Entró en una angustia enorme. ¡Tenía tantos pecados cometidos a lo largo de su vida!

La iluminación de conciencia era tan potente que la mujer no hacía más que llorar a mares. Nadie podía consolarla.

¹ BEATO RAIMUNDO DE CAPUA, *Vida de Santa Catalina de Siena, Libro I, capítulo IX, números 87-89*

Tenía un fuertísimo dolor de sus pecados. Se creía totalmente perdida y condenada.

Inmediatamente se avisó al Padre Pío que acercándose le dijo con paz:

-Tranquilícese, hija. La misericordia de Dios no tiene límites y la sangre de Jesús lava todos los pecados del mundo.

Ella pudo confesarse y experimentó la verdad de estas palabras. Sintió una gran paz al recibir la absolución y comprender que todos sus pecados quedaban perdonados. En un sólo día su vida cambió por completo.



San Pío de Pietrelcina

Una iluminación de conciencia por intercesión de la Virgen María

Muy comentado fue lo que le ocurrió a Alfonso Ratisbona, banquero, perteneciente a una de las familias más ricas e influyentes de Alemania. Su caso dio la vuelta por todo el mundo. Era judío, aunque no practicaba mucho su religión. Profesaba un auténtico rechazo a todo lo que tuviera que ver con el cristianismo. Especialmente le era insoportable la Iglesia Católica. Su hermano mayor, que se había convertido a la fe cristiana, rezaba todos los días por él a la Virgen para que le iluminara y le hiciera cambiar de vida.

En 1842, cuando Alfonso tenía veintiocho años, mientras hacía un viaje, se detuvo unos días en Roma. En casa de un amigo suyo tuvo un encuentro con un grupo de católicos que, al ver lo rabiosamente que atacaba a la religión, se comprometieron a rezar por él. Uno de los católicos se atrevió a algo más: casi como por una apuesta consiguió que Alfonso aceptara llevar consigo una medalla milagrosa y rezara todos los días una breve oración a la Virgen. La medalla milagrosa es un pequeño objeto que la mismísima Virgen María, en una aparición tenida en 1830 a Santa Catalina Laboure, había pedido se hiciera. En ella puede verse una imagen de la Virgen. La Iglesia aprobó estas apariciones y recomendó el uso de la medalla. De hecho, cuatro días después de aceptarla, la vida de Alfonso iba a dar un giro total.

La mañana del 20 de Enero de 1842 Alfonso acompañó a un amigo suyo a la Iglesia de San Andrés. Su amigo tenía que arreglar en dicha iglesia las cosas para un funeral. Por

supuesto Alfonso decidió esperar fuera. Pero de repente, por motivos que nunca supo explicar, se sintió atraído hacia la Iglesia. Decidió entrar. No podía sospechar que su vida estaba a punto de cambiar para siempre...

El mismo nos narra lo sucedido: “Me sentí preso de una extraña turbación... la Iglesia me pareció oscura, exceptuando una capilla, como si toda la luz se hubiera concentrado allí. Aún no sé cómo terminé de rodillas ante la balaustrada de esa capilla... levanté los ojos hacia la luz que tanto resplandecía y vi, en pie en el altar, viva, grande, majestuosa, bellísima y con aire misericordioso, a la Santísima Virgen María, semejante a la imagen de la medalla que me habían dado para que la llevara. En varias ocasiones intenté levantar los ojos hacia Ella, pero su resplandor y el respeto me hicieron bajarlos, sin impedirme, sin embargo, sentir la evidencia de la aparición. Entonces fijé la mirada en sus manos y vi en ellas la expresión del perdón y de la misericordia. Con esas mismas manos me hizo seña de que me quedara arrodillado. Pero una fuerza irresistible me empujaba hacia Ella. En su presencia, aunque Ella no dijo ni una palabra, comprendí de pronto el horror del estado en el que me encontraba, la deformidad del pecado, la belleza de la fe en el Evangelio: en una palabra, lo comprendí todo de golpe... una venda cayó de mis ojos; mejor, no una sola, sino una multitud de vendas que me habían envuelto desaparecieron sucesiva y rápidamente, como la nieve o el hielo bajo la acción del sol”. Alfonso terminaba de contar su testimonio con una frase que, durante toda su vida, le gustaba repetir con frecuencia: “Ella no me ha dicho nada, pero yo lo he entendido todo”.



Cuando su amigo volvió lo encontró orando con recogimiento, totalmente transformado. Pidió inmediatamente

ser bautizado en la Iglesia Católica. Once días después recibió el sacramento del Bautismo.

Más tarde acabó ordenándose sacerdote. Dedicó su vida entera a intentar la conversión de los judíos al Evangelio. Promovió muchas asociaciones benéficas y sociales en Tierra Santa a favor de los jóvenes y los huérfanos. Cuando le hablaban de la Virgen sus ojos se llenaban de lágrimas por la emoción y el reconocimiento a Aquella que lo había devuelto a la luz de la fe. Su ejemplo fue muy admirado y comentado en la época.

Un borracho violento es iluminado

Alan Ames nació el 9 de Noviembre del año 1953, en Bedford, Inglaterra. Su madre era católica fervorosa e intentó educarlo en la fe, pero no tuvo éxito. Desde muy joven Alan se escapaba de casa para robar dinero y jugar con sus amigos. A los doce años empezó a beber alcohol. Fue expulsado del colegio por robar. Se unió a una banda de motociclistas y se volvió extremadamente violento. Aprendió el arte marcial "Aikido", consiguiendo un cinturón negro de cuarto grado. Esto le valió, más adelante, para representar a Australia como capitán en los Campeonatos Mundiales celebrados en Tokio en 1992. Las artes marciales las usó como expresión de violencia y mal genio. Le enseñaron a romper huesos y piernas, a golpear causando gran daño...

A los 18 años conoció a una chica que le gustaba mucho. Le ocultó toda su vida peligrosa y llena de vicios para que ella se fijara en él y lo consiguiera. Se casaron. La vida en Inglaterra

era complicada para ambos por lo que ella un día le propuso: “Vámonos a Australia. La vida es mejor allí”. En 1976 se trasladaron a este país.

Al poco tiempo consiguió un importante trabajo en una farmacéutica que le proporcionaba bastante dinero. Su vida, no obstante, era decadente. Todo se basaba en peleas, juergas, borracheras, estafas, robos, mentiras... Vivía para el poder, el dinero y el pasarlo bien.

La primera experiencia sobrenatural que vivió Alan fue muy desagradable. Era 1993. Tenía cuarenta años. Por motivos de trabajo había tenido que viajar a un lugar llamado Adelaida y dormir allí. Mientras estaba en el hotel, de noche, viendo la televisión, apareció repentinamente delante de él un hombre de aspecto espantoso que extendiendo sus brazos empezó a estrangularlo. Tenía la piel oscura y los ojos saltones. Intentó defenderse (era experto en artes marciales) pero todas sus maniobras fueron inútiles: no conseguía alcanzarle. ¡Sus manos pasaban a través de su cuerpo, como si aquel hombre fuera un espíritu! Alan no sabía lo que nos revela la Escritura: *Todo el que comete pecado es un esclavo (Jn 8, 34) Quien comete pecado es del Diablo (1 Jn 3, 8).*

Finalmente justo cuando empezaba a notar que las venas del cuello iban a explotar escuchó una voz muy clara en su cabeza: “¡Reza el Padre Nuestro!”. Así lo hizo e inmediatamente el estrangulamiento cesó.

A partir de esta experiencia Alan empezó a tener otros sucesos sobrenaturales en su vida. Finalmente todo concluyó en la iluminación de conciencia. Ocurrió en el año 1994. Se le apareció Jesucristo crucificado. Ver al Señor en la cruz ya

suponía un gran impacto. Mucho más cuando Jesús le dijo que le amaba y quería perdonarle. En ese momento le fueron mostrados todos sus pecados, desde su infancia hasta el presente. ¡Eran muchos! Y todos habían contribuido al sufrimiento y a la muerte de Jesús.

Con la potente luz recibida Alan comprendió que cada vez que hería a alguien, había herido a Jesús. Cada vez que mentía a alguien, había mentido a Jesús. Los pecados que le habían parecido quizás más pequeños, incluso los simples pensamientos hacia los demás de aversión, ira, odio o frustración, parecían enormes. Lo más espantoso fue ver sus pecados graves.

Jesús le mostró el estado real de su alma: estaba podrida. Le reveló como sus pecados no sólo habían herido a otras personas sino que las había llevado a pecar, cuando trataban de imitarle o respondían con ira y violencia. Alan se sintió indigno, avergonzado, repugnante...

De repente la visión cambió: ahora veía a Jesús en el Huerto de los Olivos, asumiendo en su Corazón el dolor, el daño, el sufrimiento de sus pecados y los de toda la humanidad. Vio que cada herida del Señor, cada latigazo y espina de la corona, eran pecados. Se vio a sí mismo sentado con su orgullo encima de la cruz mientras Jesús la llevaba. El Señor le dijo: "Durante todos esos momentos Yo seguía ahí a tu lado, amándote". Alan cayó al suelo llorando. ¿Cómo había podido herir tanto al dulce y maravilloso Señor? No quería seguir viviendo. Durante cinco horas suplicó con lágrimas a Jesús que le quitara la vida y lo mandara al Infierno pues era lo único que merecía. Cada vez que miraba el rostro de Jesús

crucificado, lleno de sangre, que le repetía una y otra vez: “Te amo y quiero perdonarte”, su dolor se hacía más intenso y más deseaba que su existencia se acabara. ¿Cómo había podido herir tanto al más puro Amor?



Alan Ames dando testimonio

Finalmente, con un gran esfuerzo, Alan se arrodilló y, entre el dolor por su miserable vida y la vergüenza de sus pecados, dijo: "Perdóname, querido Jesús".

Jesús, ante su asombro, le respondió: "Te perdono". En ese momento notó como todo el peso de sus pecados se desvanecía. El amor de Dios tocó su corazón de forma increíble.

Jesús le mostró que debía ir a un sacerdote y confesar todos y cada uno de sus pecados. Así lo hizo.

Desde entonces Alan Ames viaja por el mundo dando su testimonio. Su mensaje fundamental es decir a la gente: Dios os ama, no quiere castigaros ni condenaros. Convertíos a él e iniciad una vida santa de oración, frecuencia de sacramentos, obediencia a los diez mandamientos... amaos los unos a los otros. Vivid en el amor de Dios y evitad el Infierno...

Ha recibido apoyo y aprobación de su Obispo que le ha nombrado un director espiritual para que le ayude a discernir los sucesos sobrenaturales que Alan ha seguido recibiendo.

Un sacerdote ve su propio juicio

La historia del Padre Steven, sacerdote estadounidense del estado de Kansas, es especialmente impactante.

Se ordenó sacerdote en el año 1973. Tras doce años en el sacerdocio, mientras iba conduciendo, sufrió un terrible accidente al chocar de frente contra una camioneta. No murió de puro milagro.

Pero lo más increíble no fue el accidente en sí, a pesar de lo

aparatoso (rotura de cuello, daños importantes...). Lo más impresionante fue la experiencia mística que el sacerdote tuvo en ese momento. Él mismo la cuenta: “¡Estaba delante del trono del Juicio! Jesús era el juez. No lo veía y apenas lo oía. Todo sucedió en una fracción de segundo, si se compara con nuestra noción del tiempo aquí abajo. El Señor hizo desfilar toda mi vida delante de mí y desveló mis numerosos pecados, cometidos por acción y por omisión. Aquellos pecados, no solamente no los había confesado, sino que ni siquiera me había arrepentido de ellos. Por eso no habían podido serme perdonados. Yo, ante la evidencia de cada una de aquellas ofensas, decía: ¡Sí, Señor!. De hecho, a veces previendo el momento de mi juicio personal, había planificado un montón de excusas para decirle al Señor. Por ejemplo: “¡Bueno, Señor, Tú sabes que la parroquia era verdaderamente penosa, le hacía perder la paciencia a todo el mundo!”. Pero cuando nos dirigimos a la Verdad en persona, ya no tenemos excusas y todo lo que podemos decir es: ¡Sí, Señor!. Cuando Jesús llegó al final de mi juicio, declaró: *Tu sentencia es el Infierno*. Y también sobre eso le dije: *¡Sí, Señor, lo sé!*. Era la única conclusión lógica a la que se podía llegar. Eso no me chocó. Era como si el Señor respetara e incluso aceptara mis elecciones, mis decisiones. Así que, yo mismo, había pronunciado mi sentencia. Justo en aquel momento oí una voz femenina: *¿Hijo, querías salvar su vida y su alma inmortal?*. Escuché al Señor que le respondía: *Madre, durante doce años, ha sido sacerdote para sí mismo y no para Mí. Que coseche la pena que merece*. Ella le replicó: *Pero, Hijo, si le damos gracias y fuerzas especiales, veremos entonces si da*

fruto. En caso contrario, que se haga tu voluntad”.

Al Padre Steven se le dio una segunda oportunidad. Se recuperó del accidente y pudo cambiar totalmente el sentido de su sacerdocio.

Cuando se le preguntó cuáles eran los pecados que le iban a condenar en el Infierno como sacerdote confesó dos cosas:

1.-Buscaba más agradar a los fieles de su parroquia que velar por sus almas y protegerlos del pecado. Callaba los Mandamientos de Dios y las verdaderas exigencias del Evangelio que podrían haberlos llevado a la conversión porque temía perder su favor. Como ellos le daban dinero no quería hacerse enemigos. No predicaba sobre los dogmas de fe, ni la moral de la Iglesia, ni las exigencias del Evangelio. Sólo hablaba de aquello que la gente quería oír: paz, amor, alegría.... No se preocupaba por la salvación de las almas.

El padre Steven había buscado caerle bien a la gente. Y lo había conseguido. Después de su experiencia decía que seguramente sus parroquianos jamás hubieran sospechado que su destino era el Infierno porque lo consideraban un buen tipo e incluso un buen sacerdote. “Una de las cosas que me sorprendió y extrañó durante mi juicio –contaba el padre Steven– fue que Jesús no hizo ningún sondeo de opinión. Yo no podía replicar: *¿Por qué no le pides a él o a ella su opinión sobre mí y luego decides?*. Él lo sabe todo. Lo sabe. Me di cuenta en ese momento que Él es el Único que importa, y Él es lo que casi perdí para toda la eternidad. Yo sólo tenía que complacerlo a Él, y mi preocupación por complacer (o tratar de complacer) a otros muchos era una total pérdida de tiempo y energía”.

2.-No oraba y no rezaba nunca el breviario a pesar de ser un deber cotidiano para todo sacerdote. En efecto, en la oración constante es donde el sacerdote recibe de Dios la luz y el amor que necesita para ejercer su ministerio con el pueblo de Dios. Sin oración, ¿qué puede dar a los demás? Además, la falta de oración le provocó el adormecimiento de su conciencia. Huía asimismo de todo lo que significara cruz y sacrificio. No dudaba en pecar gravemente y, sin embargo, continuaba celebrando la Santa Misa. Se confesaba pero sin auténtico dolor, sólo por las consecuencias malas de sus pecados: la posibilidad de condenarse. El mismo padre Steven comenta: “El dolor por el pecado por temor al castigo de Dios está bien si uno tiene el deseo de enmendar su vida; pero el arrepentimiento de un corazón enamorado de Dios es lo ideal. El uso apropiado de la Confesión significa tener un deseo, un firme propósito de enmienda, pero yo no iba a cambiar de vida. Estaba en la desafortunada situación de no preocuparme”.

Una monja descubre su verdad

La hermana Nicolina Kholer, alemana, entró como religiosa a los 19 años (a pesar de que en su juventud no había mostrado demasiado entusiasmo por la religión). Después de 20 años de monja su orden le permitió ir un año entero a Tierra Santa para ampliar estudios. ¡Tierra Santa, la tierra donde vivió Jesús! ¿Cómo no aprovechar la ocasión?

Era el año 1984. A los pocos meses de estar allí fue un día, con una amiga, a hacer el *Via Crucis* por el camino real que

Jesús hizo cuando cargó la cruz. La verdad es que, sin saber muy bien por qué, no tenía muchas ganas de hacerlo. Incluso sintió algo de vergüenza cuando su amiga se arrodilló en las estaciones.

El *Vía Crucis* terminaba en la Iglesia del Santo Sepulcro, donde podía verse parte de la roca donde fue crucificado Jesús. De hecho hay un altar construido sobre el agujero de la roca donde se insertó la cruz. Cuando la religiosa, de rodillas, se encontraba justo debajo de este altar tuvo una iluminación de conciencia. Ella misma lo cuenta: “El tiempo se detuvo. No sabría decir si me quedé en mi cuerpo o salí de él. Vi la cruz delante de mí, aunque mis ojos estaban cerrados. Y en la cruz estaba Jesús, clavado vivo, mirándome fijamente. Sus ojos eran dulces y amables. No expresaban ninguna condena, ni deseo de lamentarse o castigar. Estaban tan llenos de amor que, a la luz de su mirada, vi mi indignidad como nunca antes. Sostenida por Su mirada de misericordia pura y comprensión, no pude evitar llorar y llorar por mis pecados, que eran muchos y repugnantes... La experiencia fue tan fuerte, tan abrumante... Yo había estado viviendo una mentira en muchos aspectos... Jesús me quitó la máscara, mi blindaje, mi maquillaje, para que pudiera ver mi verdadero ser... Vi mi soberbia, vi mi vida de traición, cuánto había herido a Jesús y a otros con cada pequeño pecado... Él permaneció en la cruz con un dolor terrible, mientras su mirada penetrante, omnisciente y amorosa me infundía un conocimiento interior. Supe todo de mí al instante, y todo quedaba dolorosamente patente. Él mostró mi alma tal y como Él la veía, poniendo de relieve la fealdad de mis pecados, retirando todas mis

excusas... Vi como trataba de no lucirme por mí misma, pero sí quería ser vista. Mi autoafirmación de repente se mostró ladina y solapada. Yo le había dado todos los nombres posibles mientras encubría mi verdadera motivación. Siempre había creído que no era una persona orgullosa, pero simplemente era orgullosa de manera disimulada. Teniendo una personalidad tan original, podía desenvolverme en casi cualquier ambiente. Si no conseguía ser el centro de atención de la gente, me alejaba y procuraba serlo en otro lugar. Cuando abandonaba un grupo, pensaba dentro de mí: “No me gustan”, un juicio nacido del gran “yo”, el egoísmo, porque mi vanidad no había sido satisfecha. Si me hubieran preguntado: “¿Eres orgullosa y vanidosa?” yo hubiera dicho con total seguridad: “No”. En mis relaciones vi como me salía con la mía, no siendo avasalladora, sino siendo adorable. La gente me complacía muy fácilmente, especialmente cuando era joven. Era divertida. Era bromista. Tenía una gran sonrisa. Pero todo era falso y no una verdadera virtud”.

Jesús le mostró como había convertido en un “ídolo” su propia práctica religiosa pues cuando era una joven monja había pensado alcanzar la santidad sólo siguiendo todas las prácticas y reglas de la orden, en vez de centrarse en cumplirlas por amor. De hecho las quebrantaba con frecuencia poniendo excusas. Por ejemplo: las hermanas tenían que guardar un profundo silencio pasadas las 19,30, pero a veces algunas se sentaban en el coche a charlar con la excusa de que no estaban en la casa y por lo tanto no incumplían la regla. Tampoco debían picotear entre comidas pues las

normas de su congregación lo prohibía. Ella en cambio abría la nevera por la noche.

“Además de la comida –narra Nicolina– el Señor me mostró mis muchos otros apegos: a la posición, la planificación, la gente y la atención; y a mis propias maneras, opiniones y deseos. Cuando la gente interfería mis planes, me amargaba porque mi excelente planificación tenía que ser rehecha, y tenía una agenda perfectamente cuadrada sin margen a imprevistos. Mi don de entremezclar mi corazón con mi mente se convirtió en un problema cuando empecé a tomarme las cosas de modo personal. Durante una reunión, podía expresar una opinión tajante. Si alguien con una voz más fuerte decía: *De ninguna manera, Nicolina*, me sentía personalmente ofendida porque mi opinión era parte de mi propio corazón”.

El Señor le hizo ver las luchas de poder que había entablado con algunas superiores, sus resentimientos personales cuando alguien hablaba mal de ella (siempre pensaba que tenía que defenderse pero no lo hacía con amor, ni confiaba en que lo importante es que el Señor sabe la realidad de las cosas)... “También se me mostró cómo tenía que liberarme de mi apego a los amigos... La gente entraba fácilmente en mi corazón, y así les permitía alejar a Jesús de mí. Podía fácilmente llenar mis pensamientos y mi tiempo con alguien y luego acordarme de Jesús sólo de vez en cuando. Pero el Señor quería que mi principal objetivo fuese siempre Él. En Él estaba todo lo que yo necesitaba”.

Después de esta experiencia la religiosa renovó profundamente su vida.

La mujer a la que le cayó un rayo

Colombia. 5 de mayo del año 1995. Cuatro y media de la tarde. Cerca de la Universidad Nacional de Bogotá tres personas andan con rapidez. Se trata de Gloria Polo (36 años), su marido y un sobrino de Gloria de 23 años de edad. Su prisa se debe al terrible temporal que se cierne sobre Bogotá: una gran tormenta cubre la ciudad trasformando el día en noche. Llueve a mares. Hay charcos por todos lados, de todos los tamaños imaginables... Gloria era médico odontóloga.

Justo en el momento en el que iban a saltar para evitar un gran charco un rayo les cayó encima. Pasó a través del pequeño paraguas y les alcanzó de pleno. ¿Nos podemos imaginar lo que esto significa? Un rayo puede descargar una potencia de 100 millones de voltios. El aire a su alrededor puede alcanzar temperaturas de 20.000 grados...

Los efectos, claro está, fueron terroríficos: el joven murió en el acto. Sus vísceras se carbonizaron por completo. A Gloria el rayo le entró por el hombro izquierdo e hizo todo un recorrido de muerte y destrucción hasta salir por el pie derecho. Le quemó de forma espantosa todo el cuerpo, tanto por dentro como por fuera. Sus senos fueron carbonizados. Se le carbonizó el hígado, se quemaron los riñones, los pulmones... Las piernas se pusieron totalmente negras, como dos pequeños troncos de madera quemada. Inmediatamente sufrió un paro cardíaco. La trasladaron corriendo al hospital...

Mientras tanto había empezado para Gloria un viaje extraordinario. ¡Había entrado en el más allá! Se veía a sí

misma cayendo por un agujero. Sentía un mal olor penetrante y nauseabundo. Ese olor salía de ella misma.... En ese instante tuvo como una luz sobre su propio interior, sobre su misma alma: ¡y quedo petrificada por el espanto! Su interior estaba deformado por los pecados cometidos. Ese mal olor era el signo de su deformidad espiritual. Entendió que cuando una persona peca el pecado entra a vivir dentro de dicha persona, como si fuera un ser vivo. Ella pensaba que era una persona culta, intelectual, científica, moderna y progresista porque defendía el aborto, la eutanasia, la liberalidad sexual... ahora veía que no era más que una pobre que había vivido toda su vida sin lo único que podía quitarle los pecados: la confesión. “El alma –dirá ella misma– se reviste de quien tiene uno adentro”. Y lo que Gloria tenía dentro de si era el pecado.

Su descenso acabó en una zona llana donde se abrió un agujero, como si fuera una boca, en forma de torbellino. Una fuerza irresistible la atraía hacia dentro, chupándola irremisiblemente. Era la boca del Infierno... ¡y Gloria iba de cabeza para adentro!.

Gloria intentó con todo el esfuerzo de su voluntad evitar seguir bajando hacia aquella repugnante boca. Pero no era suficiente. Ella siempre se vanagloriaba de que con su voluntad lo podía todo. ¡Pues ahora era inútil!. Entendió que desde los 13 años años vivía en pecado mortal. Lo único que podía salvarla había sido desechado por ella misma: la misericordia de Dios a través de la santa Confesión (había dejado de confesarse a los 13 años). Ahora no tenía fuerzas espirituales para evitar caer en el Infierno.

Empezó a gritar:

–Sáquenme de aquí... sáquenme de aquí... se han equivocado.... Yo iba al Cielo... alguien se equivocó... Yo no he robado. No he matado. He ayudado... (realmente a veces Gloria sacaba los dientes de las personas pobres sin cobrarles, de forma gratuita)...

Pero nadie respondía a estas razones. Entonces Gloria gritó con todas sus fuerzas:

–¡Es que soy católica! ¡Sáquenme de aquí...!.

En ese momento se escuchó una voz muy dulce que lo llenó todo de paz y amor. Una voz infinita, inmensa. La voz dijo:

–MUY BIEN. Y SI TU ERES CATÓLICA, DIME LOS MANDAMIENTOS DE LA LEY DE DIOS.

Gloria se quedó petrificada. ¡Los mandamientos!... No tenía ni idea. Sólo sabía que eran diez.

¿Qué podía hacer?. Recordaba, porque su madre se lo había enseñado muy bien, el primero de todos: amar a Dios y amar al prójimo. “Ya está –pensó Gloria– con esto me armo un discurso y salgo adelante”...

–El primero –gritó–, amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí misma.

La voz dijo:

–MUY BIEN. ¿Y TÚ LO HAS AMADO?.

–¡Yo sí, yo sí, yo sí! –dijo Gloria.

La voz dijo:

–NO.

En ese momento se le cayeron todas las máscaras a Gloria; porque ante aquella voz no se podía ocultar la verdad ni manipular la realidad de los hechos. Ella se creía muy buena. Pero todo era pura apariencia. Se había llegado a creer sus

propias mentiras.

La voz siguió:

–TU NO HAS AMADO AL SEÑOR SOBRE TODAS LAS COSAS. Y MUCHÍSIMO MENOS A TU PRÓJIMO COMO A TI MISMA. TU HICISTE UN DIOS QUE ACOMODASTE A TU VIDA. Y SOLO TE ACORDABAS DE TU SEÑOR EN MOMENTOS DE NECESIDAD Y SUFRIMIENTO. AHÍ CORRÍAS Y TE POSTRABAS. TUS PETICIONES: DINERO, PROSPERIDAD, DINERO... PORQUE TU TENÍAS UN DIOS: EL DINERO.

Gloria no dijo nada más. Ante Dios no valen las mentiras, ni las falsas apariencias, ni lo que a mi me parece. Ante Dios solo vale la verdad. Y la verdad, su verdad, acababa de ser descrita en esas breves palabras con total exactitud.

Entonces empezó a ver toda su vida. Como siendo niña había mantenido la inocencia y la pureza, y como cuando rezaba y se confesaba de joven crecía en la gracia y la amistad con Dios. Pero la llegada a su colegio de una niña guapa, simpática y sobre todo muy rica lo cambió todo. Se llamaba Estela. Provenía de un hogar totalmente destruido por el adulterio: su papá se había marchado con una mujer joven. Aquella niña, que no tenía valores, empezó a usar sus muchísimos bienes para comprar la amistad de los demás. Gloria, que había recibido algunas humillaciones de otras niñas de aquel colegio, vio la oportunidad de ser aceptada. Se hicieron muy amigas.

Estela le compraba a Gloria cuantas cosas quería y la llevaba de un lado a otro. Gloria estaba encantada. Poco después Estela empezó a comprar con su dinero a personas

del colegio, al celador... así empezó a conseguir las preguntas de los exámenes y poder escapar del colegio sin que nadie dijera nada.... Se formó entonces una pandilla de chicas que se acostumbraron a saltarse las clases para pasarse las mañanas y las tardes de un lado para otro aprendiendo solo cosas malas y peligrosas. Gloria, por supuesto, estaba entre ellas. Estela empezó a fumar. Luego empezó a practicar el esoterismo, el espiritismo, la brujería. Todas la seguían porque era la líder. La tenían como un ídolo. Y además era la que manejaba el dinero. Finalmente empezó a hablarles de sexo. Aquella niña ya se había acostado con varios hombres. Empezó a decirles que era algo estupendo, que daba mucho placer. Todas aquellas chicas, poco a poco, fueron cayendo en todo lo que Estela les proponía: fumaron, practicaron brujería, hacían entre ellas pactos de sangre, empezaron a practicar sexo... Sus fiestas y paseos se convirtieron en auténticas orgías donde se fumaba marihuana y se tenían relaciones sexuales unos con otros. Gloria también entró en estas cosas. Cuando perdió la virginidad quedó embarazada siendo muy joven. Y entonces, presionada por su novio, acabó abortando. Ver este pecado en su iluminación de conciencia fue especialmente doloroso: ella estaba totalmente a favor del aborto pero ahora veía la terrible realidad de ese acto. Cuando el bebé fue asesinado gritó interiormente tan duro que retumbó todo el cielo... Gloria vio que cada vez que es abortado un bebé toda la creación se estremece... asimismo vio un montón de demonios, millares, felices y gozándose del aborto, disfrutando con la muerte de la pequeña criatura...

Después se entregó a prácticas esotéricas, se olvidó de la

Santa Misa, aceptó todas las ideologías feministas radicales, apoyó a políticos con mensajes y prácticas contrarias a los mandamientos divinos....

No pudo resistirlo más. Sabía que tenía que ir al Infierno porque ella misma lo había elegido con sus actos.

Pero el Señor le dijo que le daba una segunda oportunidad. Debido a los rezos que habían hecho por ella Jesús le permitió seguir viviendo. Le mostró especialmente a un pobre campesino que, al enterarse de que le había caído un rayo, aunque no la conocía de nada, había orado y llorado intensamente por ella al Señor, con gran amor, para que la salvara. Esa oración conmovió a Dios.

Y así, milagrosamente, Gloria pudo salir adelante. Todavía más milagrosamente aún, ante el asombro de los médicos, todas las heridas y quemaduras que el rayo le habían provocado sanaron y se restituyeron.

Gloria da testimonio por todo el mundo de su historia, contando todo lo que le ocurrió. Tiene permiso expreso y aprobación de su Obispo para contar su testimonio. Ha viajado por distintos países.

Si quieres conocer todos los detalles del testimonio de Gloria Polo te recomiendo leer el libro que escribí sobre ella: "La mujer que fue atravesada por un rayo"

(Lo puedes encontrar en Amazon)



47 años alejado de Dios

Marino Restrepo nació en 1950, en un pequeño pueblo cafetero de Colombia llamado Anserma, en las montañas de los Andes. Hasta los 14 años fue un chico espiritualmente sano. Pero luego las malas juntas y el dejarse absorber por los entretenimientos y diversiones de este mundo le llevaron poco a poco a alejarse de Dios. A pesar de casarse y, aparentemente, llevar una vida ordenada, en el fondo el alcohol, la cocaína, el sexo con otras mujeres, los malos negocios... lo fueron llevando a una vida decadente. La esposa no aguantó: el matrimonio llegó a su fin y se separaron.

Marino quedó sumido en una especie de depresión. Pero a los pocos años remontó: se centró en su trabajo y pudo reflotar de alguna manera su vida profesional. El resto seguía igual: alcohol, drogas, mujeres... Se había acostumbrado a esta manera de vivir y no veía nada malo en ella. ¿No era, de alguna manera, lo que hacía todo el mundo? Además: con sus pequeñas “fiestas” no dañaba a nadie. ¿Por qué iba a renunciar a ellas? ¿No necesitaba las drogas para olvidar tantos problemas y angustias que tenía en su vida? ¿No era un hombre al que su esposa lo había abandonado? ¿Por qué iba a renunciar a las necesidades sexuales que todo hombre experimenta? ¿Por qué no iba a satisfacerlas?

Para buscar ayuda empezó a practicar todo tipo de prácticas esotéricas y terapias alternativas: Reiki, I Ching, Feng Shui...

En la Navidad del año 1997, cuando Marino contaba con 47

años, fue secuestrado por la guerrilla colombiana. Exigieron para su liberación un dinero que no poseía. Luego fue atado, encapuchado y arrojado en una cueva con la firme decisión por parte de sus captores de ejecutarlo pagara o no pagara (ya que había visto el rostro de algunos de ellos y no querían que los delatara). La vida de Marino había llegado a su fin.

Y sin embargo esa misma noche tuvo una profunda y extraordinaria experiencia mística que iba a cambiar toda su vida. Esta experiencia duró toda la noche, entre 8 ó 9 horas.

Todo comenzó con una iluminación de conciencia. Se vio a sí mismo a la edad de tres años. En concreto vio un episodio real de su vida, algo que ya había prácticamente olvidado y que pudo ver con toda nitidez, con toda claridad, como si estuviera presenciando una película de alta definición: “En la primera imagen que tuve al comenzar esta experiencia – recordaba después– me vi en un triciclo con un palo en la mano, recorriendo rápidamente el patio interior de mi casa, dañando las plantas por donde pasaba”. También pudo ver como una empleada del hogar le llamaba la atención para que no lo hiciera.

Ese fue el comienzo. A continuación vio desfilar todos los actos que había realizado en sus 47 años de vida. Empezó a darse cuenta que algunos de esos actos le producían dolor. No un dolor físico, que pudiera localizar en alguna parte de su cuerpo. Era un dolor distinto: un dolor espiritual, interior y muy intenso. Muchísimo más doloroso que cualquier enfermedad o golpe recibido en el cuerpo. Se trataba de un dolor del alma.

Los actos que le producían este dolor eran sus actos malos, sus pecados. “Un gran dolor comenzó a embargarme cuando

todas mis malas acciones se presentaron durante el recorrido de mis años”. Conforme iba transcurriendo su vida el dolor crecía, pues cada vez habían ido aumentando más y más sus pecados.

Él pensaba que era un buen tipo porque de vez en cuando ayudaba a la gente e incluso daba dinero a necesitados. Ahora veía con claridad que todo aquello no era sino efecto de su vanidad, pues en el mundo que se había construido él era el centro y el único dios.

Los pecados que especialmente le causaron dolor fueron los de impureza sexual. Marino había vivido un sexo libre: lo practicaba con quién quería y cuando quería. Lo practicó sin estar casado; lo practicó cuando estuvo casado con mujeres que no eran su esposa; lo practicó consigo mismo por medio de la masturbación. Marino pensaba y creía que siendo la sexualidad una necesidad fisiológica debía satisfacerla. Total: ¿qué daño hacía?

Durante su iluminación de conciencia Marino pudo comprobar que los demonios más feos, repugnantes y asquerosos eran los demonios encargados de tentarnos de impureza sexual: “Los más inmundos de todos los ángeles caídos que yo vi eran los de la impureza sexual”. Esta revelación le hizo ver el gran error que había tenido en su manera de enfocar la sexualidad. Lo que él pensaba que era bueno e inocente estaba totalmente en el lado de la oscuridad, vigilado y controlado por oscuros y repugnantes ángeles caídos. A continuación Dios le reveló que los pecados de impureza sexual son los que encaminan a más almas hacia el Infierno. Por aquí quedan atadas muchas personas al pecado:

“En lo que yo percibí y vi, la impureza sexual es el camino más rápido al infierno, donde hay más almas perdidas”

Marino fue iluminado para entender que los pecados de impureza sexual no solo afectan al alma sino también al cuerpo, dejándolo inclinado a satisfacer las impurezas sexuales cada vez con más ansiedad: “El pecado de fornicación, la impureza sexual, el adulterio, todo lo que es impureza de pensamiento, son los pecados más peligrosos para la perdición de las almas, porque dañan también al cuerpo, lo pervierten. Los demás pecados, como explica San Pablo, están fuera, pero los pecados de la impureza están dentro, encarnados; el cuerpo es el templo de Dios y debemos purificarlo”. San Pablo, en efecto, dice: *Huid de la inmoralidad. Cualquier pecado que cometa el hombre queda fuera de su cuerpo. Pero el que fornicar peca contra su propio cuerpo. ¿Acaso no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que habita en vosotros y habéis recibido de Dios? (1 Cor 6, 18-19).*

Por eso añade Marino: “Les insisto que uno de los trabajos más importantes que tenemos que hacer es sanarnos de la impureza sexual, derrotar en nosotros las pasiones desordenadas de la carne, la concupiscencia de los ojos y de la carne; tenemos que luchar contra eso porque es uno de los territorios más delicados, más difíciles y más aguerridos, porque el diablo es quien más lucha en este campo en nosotros. Ese es el territorio que más le encanta porque allí es donde más daño hace... Vi millones de demonios que parecían seres humanos; yo sabía que no eran seres humanos, pero tenían esa apariencia y tenían los rostros de

todas las mujeres con que yo había fornicado y cometido adulterio, de toda mi impureza sexual, todas esas mujeres aparecían ahí... y esto sucedía porque como yo estoy en pecado mortal y en presencia del Señor, viene el gran acusador a acusarme”.

Aquella experiencia fue devastadora. Desde ese momento Marino sólo pedía una cosa al Señor: que le permitiera confesarse antes de morir.

Contra todo pronóstico, y a pesar de las amenazas recibidas, a los meses, de forma milagrosa, Marino fue liberado. Pudo confesarse y ordenar su vida en el Señor.

Al poco tiempo el Señor le pidió que contara su testimonio por todo el mundo. Marino ha fundado una misión católica llamada “Peregrinos del amor”. Tiene aprobación del arzobispado de Bogotá. Él va por todo el mundo dando charlas de su testimonio y explicando algunos de los misterios espirituales que Dios le hizo comprender durante su experiencia mística. Os recomiendo que veáis su testimonio en este vídeo que yo mismo en persona pude grabarle:

(escanea el
código QR
para verlo)



Aconsejo, asimismo, conocer en profundidad el testimonio de Marino Restrepo. A este fin puede servir la lectura del libro que yo mismo escribí, con el conocimiento y apoyo del propio Marino Restrepo, “Aquella noche en la cueva”, que narra todos estos hechos con detalle y explica algunas de las cosas que Dios le reveló.

(Lo puedes encontrar en Amazon)

